

TERCERA PARTE.

Carácter propio del mundo ha sido, hermanos míos, en todos los siglos rodear y desconocer al mismo tiempo á esas almas generosas y grandes que tienden á mejorar su condicion intelectual y moral difundiendo las luces, predicando las máximas y presentando los ejemplos que á tan sublime objeto se dirigen. ¡Qué otra cosa nos dicen esas perdurables vicisitudes de la virtud en la tierra, esa condicion oscura y olvidada en que los hombres dejan pasar las vidas mas edificantes, esa ceguera obstinada con que una ingratitud indomable desconoce y aun combate al bienhechor? Abrid, Señores, las páginas de la historia; repasad los anales de la inocencia y de la virtud; estudiad al mismo tiempo ese movimiento irregular, vário y tumultuoso de las opiniones humanas; y no veréis por todas partes sino la realidad tristísima de la observacion que acabo de haceros.

El mas profundo y sublime de todos los Evangelistas, al tocar el gran misterio de la Encarnacion y despues de haber consagrado un homenaje á la generacion eterna del Verbo, no pudo hablar de Jesus, sin poner en contraste la inmensidad y poder de su amor con la ceguera é ingratitud de los hombres. *Estaba en el mundo, dice, y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció.*

Y esto que sucedió con Jesucristo, hermanos míos, fué ya desde entónces una solemne profecía de lo que habia de acontecer con sus discípulos y sus imitadores en el resto de los siglos. Estos han tenido siempre una triple mision en la tierra, la de ilustrar al mundo con su doctrina, la de edificar al mundo con el ejemplo, la de salvar al mundo, digámoslo así, de los últimos estragos por la oracion y por la penitencia: mision que no dejan de cumplir nunca, sin embargo de los obstáculos que el mismo mundo les presenta, sin embargo de su

pasmosa ceguera, y á pesar de su no interrumpida contradiccion.

Mas estas escuelas de Jesucristo tienen sin la menor duda un derecho que no perecerá jamas, por que está fuera del dominio de las opiniones y traspasa con mucho los límites del tiempo. ¡Cuál! el derecho mismo de la verdad. Nada importa pues, ó castas esposas de Jesucristo, que el mundo donde vivís deje caer sobre los muros de vuestro retiro sus despreciativas é indiferentes miradas; nada importa que de continuo suscite mil dudas sobre el rango elevadísimo de estas instituciones venerables y santas, y que nos vuelva una sonrisa irónica y maligna cuando, llamando los institutos monásticos á la gran cuestion de su influjo en la historia de la civilizacion, en el estado de las costumbres y en el porvenir de la sociedad, tratamos de probar su incontestable primacia entre las causas impulsivas de la esperanza y de la ventura de todo el género humano.

Vosotras, hermanas mías, estáis en el mundo, como Jesucristo estuvo; abogáis por el mundo, para que el mundo se salve, como Jesucristo pidió desde la cruz por sus mismos enemigos; y sin embargo, el mundo no os conoce, y por lo mismo, ya os persigue con su contradiccion, ya os insulta con su desprecio, ya os compadece con su carnalidad, ya os olvida con su indiferencia. ¡Qué importa! El juicio definitivo y severo del mundo aplazado está por la Sabiduría eterna para ese dia no mui lejano en que han de resonar por todos los espacios con el eco de una melancólica desesperacion estas palabras notables: *Insensatos de nosotros, que mirábamos como una especie de locura la vida de estas almas, y las veíamos descender al sepulcro sin gloria: mas he aquí cómo sus nombres han sido inscritos en el registro eterno de la familia escogida, de los hijos de Dios, y cómo sus tronos se han incorporado ya en la ilustre y excelsa categoría de los santos.*¹

¡Qué importan, vuelvo á decir, estas falsas opiniones del siglo, cuando yo, ministro del Altísimo, tengo á mi favor las luces de la fe y sostengo los derechos imprescriptibles

(1) Sap. cap. V, v. 4.

de la verdad? En efecto, vosotras, hermanas mías, formáis parte de esa familia selecta esparcida por los retiros de un mundo cuya pasmosa ingratitud é inconcebible ceguedad no han sido parte á detenerla en su gloriosa carrera de penitencia, de expiacion y de esperanza. Tócame pues predicar *oportuna é importunamente*, como dice S. Pablo, es decir, predicar á los que siempre desean, reciben y aprovechan las verdades evangélicas, y á los que huyen, ó se desentienden, ó se mofan de la doctrina, de los desengaños y del ejemplo.

Cómo explicar, señores, esta ceguedad, esta contradicción perdurable del mundo? ¿Por qué incomprendible causa se rebela contra la mano que le salva, despues de haber escondido el rostro al esplendor que le ilustra? Porque en el mundo no hai mas, dice el Apóstol San Juan, que „concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida,”¹ es decir, ¡triste pero infalible verdad! que en el mundo no hai sino elementos de muerte. Es el mundo un enfermo crónico y antiguo, condenado á acariciar perpetuamente su dolor; es un ser inconstante que boga sin cesar entre las ilusiones y los desengaños, que vive siempre alegre al lado de sus verdugos, siempre desasosegado y melancólico en medio de sus libertadores: semejante es el mundo á un grupo de miserables y dementes que, colocados en el fondo de un incendio del cual no se aperciben, se irritan hasta el furor contra el genio de la caridad que lucha por salvarlos de la muerte.

El sacrificio Señores, la expiacion, la penitencia y la mortificacion de los sentidos vinieron á ser una lei para la humanidad desde que la culpa manchó su celestial origen. Pues bien, la concupiscencia de la carne, es una protesta viva del mundo contra la lei del sacrificio y la vida de la cruz.

¿Queréis saber, Señores, cuál es el peor síntoma que puede presentar la sociedad tratándose de su situacion y de de sus esperanzas? Esa indiferencia profunda sobre los caracteres y los derechos de la verdad, esa ligereza con

(1) 1 Ep. cap. II, v. 16.

que pasa por todos los objetos que pueden interesar á la moral, ese no interrumpido afán por las impresiones fugaces y nuevas, que encadenándola hácia los frágiles objetos, la precipita insensiblemente en una corriente encantada que la arrastra por último al abismo. He aquí lo que hacia prorumpir al Profeta de los dolores en amargas quejas sobre la suerte de Jerusalem; he aquí porqué todo lo vió perdido, desde que, pasando la vista por la reina de las ciudades, no halló entre sus habitantes ni uno solo que entrara en sí mismo, ni uno solo que se ocupara en el estudio de la verdad, ni uno solo que llamara su entendimiento y su corazón á las profundas meditaciones de la lei. *Nullus est qui recogitet corde.*¹ Tal es el segundo carácter del mundo, ese espíritu inquieto, fugaz y vano, ese espíritu de curiosidad tan profundamente descubierto por el espíritu de Dios bajo el nombre de concupiscencia de los ojos, *concupiscentia oculorum*.

¡Que mucho, Señores, que el mundo siempre undido en el fango de la carnalidad, siempre retraido de las vías del espíritu, siempre adicto á las novedades, á las impresiones pasajeras, siempre curioso y nunca prudente, haya pretendido regirlo todo por sus máximas, avasallar todo á su dominio, sin reconocer mas luz que su razón, mas moral que su interés, ni otra felicidad que sus infames deleites! He aquí el tercer carácter del mundo, *la soberbia de la vida*.

Pues bien, la concupiscencia de los ojos acaba con la luz de la verdad, y sin verdad no hai vida racional; la concupiscencia de la carne acaba con la virtud, y sin virtud no hai vida moral; el orgullo de la vida acaba con la esperanza del remedio, y sin esta esperanza no hai porvenir para la felicidad. He aquí porqué el mundo acabaria, no lo dudéis, aun filosóficamente hablando, si no tuviera en su casa, digámoslo así, aunque bajo el carácter de rivales, enemigos, ó seres indiferentes y despreciables, quienes conservasen aun, apesar suyo, los elementos de vida intelectual y moral, los recursos de la esperanza para un porvenir de felicidad.

(1) Jerem. XII, 11.

A medida que en el mundo se desenvuelven y propagan con mayor celeridad la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida, crece mas y mas, aun para la misma sociedad, el interes, la importancia de estos antiguos reservatorios de verdad, de virtud y de abnegacion, que subsisten sin duda todavía, porque aun no es llegada la hora de que el mundo perezca.

Yo considero al mundo, cuando proclamo la excelencia de la vida monástica para el mismo, no como un tribunal que falle en esta grave cuestion, ménos como un objeto que reporte los bienes de la virtud mientras persista en esa triple concupiscencia que le gangrena, ciega y precipita: no, bajo el primer aspecto el mundo está declarado inepto, pues nada puede para la verdad un ser miserable, sentado en las tinieblas, á las sombras de la muerte; bajo el segundo, el mundo está ya juzgado, sentenciado y reprobado. No: yo considero al mundo como una materia bruta, indócil y rebelde, bajo la mano diestra del artista, como una sementera donde crecen juntos la zizafia y el trigo, como un inmenso campo de labor para la acion infatigable del ministerio católico. En este sentido hablo, y hablo con autoridad y esperanza, de la vida religiosa en presencia del mundo.

De ese fondo comun, de esa multitud innumerable donde se revuelven confundidos todos los errores, todas las pasiones y todos los crímenes, saca de tiempo en tiempo el brazo del ministerio cristiano con la red inmensa de su predicacion á una multitud de miserables, á quienes convierte luego en preciosas margaritas que adornan el triunfo de la religion, en zelosos hijos de la Iglesia, en adoradores fieles en espíritu y en verdad. He aquí la razon porqué el mundo nos ocupa sin cesar á los ministros de la palabra de Dios. El mundo está ciego, pero es capaz de recibir alguna luz; el mundo es carnal, pero es accesible tambien, por lo ménos en parte, á las ilustraciones del espíritu; el mundo es orgulloso y soberbio, pero de su seno han salido á veces penitentes insignes que han ilustrado con su vida los fastos de la humildad cristiana. Pues bien, hermanos míos, si los intereses de la so-

ciudad son inseparables de la verdad y del bien, nada mas importante para ella, que un órden de instituciones donde solo se trata de perfeccionar el espíritu y santificar el corazon. Llamando pues á mi asunto este órden de ideas, infiero de lo dicho, que el mundo reporta una triple ventaja en la conservacion é incremento del estado religioso, por los ejemplos que este le suministra, por los desengaños que le produce y por los auxilios que le imparte.

El tierno espectáculo de una vírgen que en el periodo mas florido de su existencia, viene á esconder para siempre en estas inaccesibles soledades todos los encantos de la hermosura, todas las gracias del sexo, todas las cualidades del espíritu y las prendas mas felices del corazon; que obedeciendo al estímulo irresistible de una fuerza desconocida y misteriosa, se despide con un santo alboroso del siglo y sus promesas, del mundo y sus ilusiones, y hasta de los objetos mas queridos; que obediente al precepto de su vocacion, deja á su padre y á su madre, abandona para siempre el dulce asilo donde corrieron los dias de su infancia, sustrae para siempre su cuerpo hasta de los sentimientos mas lícitos, para consagrarle exclusivamente á Dios en el perdurable cultivo de la mas bella de todas las virtudes: he aquí, señores, lo que esos miserables idólatras del mundo no pueden ver con tranquilidad, ni detenerse á considerar atentamente, sino para desesperarse ó para convertirse. Esta vida religiosa, presente y ausente al mismo tiempo á los hijos de Babilonia, es una solemne y sublime voz, que raras veces vuelve á su retiro de donde páрте, sin traer consigo algunas alarmas, algunos suspiros, algunos pensamientos y algunas esperanzas de conversion y de penitencia.

Por muchos y variados que sean los placeres, por franco y libre que se muestre el espacio al tumultuoso y frenético movimiento de las pasiones, nunca faltan al corazon del mundano algunos instantes felices de soledad y de remordimiento. Tiempos hai en que la justicia eterna del Dios vivo, semejante al trueno que se propaga por alturas, visita con la plaga y la tribulacion á las ciudades delincuentes: estos son los momentos en que las dudas vienen á reemplazar en el recinto de la voluntad

á la vana confianza de los pecadores, en que las ideas de la muerte se cruzan por todas partes, y en que ya no son tan indiferentes las miradas que el mundo deja caer sobre estos asilos respetables de penitencia y oracion: son estos los instantes en que la tribulacion y los desastres públicos dejan mil recursos confiados á la fidelidad de los futuros recuerdos; y en que la vida mortificada se anticipa, digámoslo así, sus defensores y sus testigos en el corazon de aquellos que duermen sin inquietud y sin zozobra, rendidos á los deleites, el sueño de las pasiones.

Estos son, Señores, los lances en que el heroismo de las virtudes, personificándose todo en la vida y en la accion de esas almas á quienes el mundo desprecia, comienza por las conquistas de la admiracion, y acaba felizmente por las conquistas de la caridad. ¡Sublime poder del ejemplo! Resístese á la elocuencia y al poder de la conviccion; pero con dificultad se expedita el alma del influjo permanente de la virtud encadenándolo todo con su accion misteriosa y su fuerza oculta de insinuacion y de poder! ¡Qué bello es para mí recordar aquí, que la grande obra de la propagacion evangélica, no debe ménos, que á los discursos de los Doctores, á la vida oculta de los anacoretas y á la cuchilla levantada que por espacio de tres siglos cegaba la garganta de los mártires! Hai algo de superior, de mas elevado y sublime en los cuadros de las virtudes, que en la fuerza de las persuasiones; y he aquí porqué, considerando estas venerables instituciones como una protesta viva contra los desórdenes del mundo, reconozco en el poder de sus ejemplos un elemento feliz de restauracion, una causa perenne de metamorfosis morales, una fuente inagotable de remedios para el corazon que desfallece y se consume bajo el doble influjo de la carne y de la sangre, en suma, católicos, el único adversario que puede contender ventajosamente contra la concupiscencia de la carne, primer atributo distintivo de los mundanos.

Cuando concurren, Señores, en una situacion moral esas grandes crisis de la vida humana, en que el mundo mismo parece conjurarse contra los suyos, con los terribles

azotes del cielo que llevan la consternacion á todas partes, el alma se ve muy cerca del sepulcro, para que pueda distraerse mas de la grave cuestion de sus postrimeros destinos. Entónces entra en sí misma, abre con inquietud el libro de sus memorias, registra los fastos de sus placeres, y no viendo en ellos sino una galería de sepulcros, pronuncia contra la insensatez de su vida un fallo muy favorable á la vida de estas vírgenes consagradas á la penitencia.

¡Ah! En estas circunstancias tan solemnes para el alma la penitencia reasume sus derechos todos á la admiracion y al respeto de los mundanos. La tribulacion y la muerte, pasando la revista de todos los corazones, hacen caer de los ojos el deplorable velo, y el arrepentimiento se insinúa, digámoslo así, en medio de la consternacion general. Todos los prestigios, todas las ilusiones, todas las excusas del alma delincuente desaparecen ante la imágen siempre venerable de la virtud mortificada y pacífica, austera y feliz, despreciada de los mundanos é inscrita en el registro eterno de los escogidos. Insensiblemente empiezan á desvanecerse las seductoras imágenes, á cambiarse en amargura el sabor del deleite, á experimentarse la terrible desazon del pecado, las espinas del remordimiento y los nobles á par que santos estímulos de la piedad. Así es, ¡ó Dios mio! como haciendo coincidir en un punto los castigos que distribuís en vuestra misericordia con los ejemplos constantes que conserváis en vuestra providencia, preparáis las mudanzas del corazon, y multiplicáis en el seno mismo de Babilonia las conquistas de vuestra gracia con la conversion de los pecadores! De este modo, católicos, el ejemplo constante de estas almas retiradas es una protesta viva y permanente contra el desorden de las pasiones, y una piscina de salud para la humanidad contaminada con el crimen, y un depósito de esperanzas contra esos agentes depravados que luchan por corromper y arruinar enteramente la sociedad. Pero no lo he dicho todo, esta se interesa en la conservacion de esos institutos venerables tanto por los ejemplos que la estimulan, como por los desengaños que la ilustran, mueven y deciden en favor de la moral y de la virtud.